

MADELEINE ROUX



DUNGEON ACADEMY

EL TORNEO DEL TERROR



Ilustraciones de
TIM PROBERT

Planeta Junior

EL TORNEO DEL TERROR

Escrito por
MADELEINE ROUX

Ilustraciones de
TIM PROBERT



Planeta Junior



DUNGEONS & DRAGONS®



Dungeons & Dragons: Dungeon Academy: Tourney of Terror
Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective
logos, and the dragon ampersand are registered trademarks
of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.
© 2023 Wizards of the Coast LLC. All rights reserved.

© 2023 Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: junio de 2023
ISBN: 978-84-08-27430-8
Depósito legal: B. 9.824-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





Zellidora «Zelli» Stormclash se protegió los ojos de la arena que arrastraba el viento con el antebrazo, entrecerrándolos para evitar que la deslumbrara la intensa luz del sol que se reflejaba en las dunas. Dunas interminables. El desierto parecía extenderse sin fin, como una desmoralizante inmensidad de nada. Iba acompañada de sus fieles amigos (y miembros del Club del Peligro): el mimeto Bauble, el oso lechuza Hugo y el kobold Snabla, aunque este último había tropezado y se había quedado rezagado.

—¡Qué calor! —se quejó el kobold. Y alzó el escudo para guarecerse tras él mientras le daba de lleno otra ráfaga de aire árido y abrasador, cortante como una cimitarra de arena—. No puedo dar... ni un passo másss.

Flash, la perrita intermitente, que también iba con ellos, asomó la cabeza por el borde de la bolsa de Hugo y soltó un ladrido desesperanzado.

Zelli alcanzó a Snabla y lo agarró de uno de sus delgados y ásperos brazos para tirar de él.

—Está aquí —le dijo—. Estoy segura.

«Cerca —pareció susurrarle el viento—. Muy cerca».

—¿Qué es lo que está aquí? —preguntó Bauble, que había adoptado la forma de una sombrilla y estaba en manos de Hugo. Al hablar, el vendaval le llenó la boca de arenilla y le provocó un ataque de tos.

Zelli se detuvo en seco. ¿Qué buscaba? ¿Por qué no se acordaba? Cerró los ojos con fuerza y trató de visualizar... de visualizar...

Justo entonces, las dunas que tenían bajo los pies empezaron a temblar. Los miembros del Club del Peligro retrocedieron unos pasos y se quedaron mudos de asombro al ver que la arena comenzaba a saltar y salía disparada cada vez a más altura, como harían unas canicas al rebotar sobre la membrana bien tensada de un tambor. Por debajo de la arena se vislumbraron dos losas de piedra gigantes separadas por una fractura que se iba abriendo. Del vacío cavernoso que las piedras ocultaban empezaron a salir nubes de partículas negras.

«¿Humo?», pensó Zelli. Pero las partículas eran más densas, como copos de nieve quemados, si es que algo así fuera posible. Parecían salpicaduras de una sustancia inversa al polvo estelar, tan oscuras que podrían haber sido fragmentos de noche.

Una voz, tan siniestra y extraña como las nubes de partículas nocturnas que emanaban de la tumba de debajo de las dunas, le habló: «La Señora de la Muerte se alzaré. La gran ama se despierta bajo las arenas olvidadas. La muerte llega cuando la barrera se rompe».

—No deberíamos estar aquí —dijo Zelli de pronto. El bracito de Snabla, que aún tenía agarrado, le pareció tan



frágil como una rama reseca. Lo miró y vio que a su amigo se le ponían los ojos como platos instantes antes de convertirse en arena.

—Pero tú nos has traído aquí —le dijo Hugo justo antes de desvanecerse también y de que se lo llevara una ardiente ráfaga de viento del desierto.

«Este es tu lugar».

Y al fin Zelli reconoció la voz. ¡Un sueño! ¡Solo era un sueño! Notó que el suelo volvía a temblar y, entonces, se despertó, dándose cuenta de que lo que se movía era su cama. Se incorporó de un salto, deshaciéndose de las mantas en un frenesí de manos y pies. Con la respiración agitada, observó su cálida y acogedora habitación de la Dungeon Academy, que compartía con una cieno llamada Bloppy, que borboteaba y roncaba plácidamente. Zelli, exhausta, se frotó la cara con las manos. Era la tercera noche consecutiva que soñaba con lo mismo: vagaba despreocupadamente por el desierto hasta que, de repente, se topaba con un secreto que estaba destinada a descubrir.

Las veces anteriores no le había hablado ninguna voz, pero ahora al fin sabía quién era el responsable de sus pesadillas.

—Lord Carrion —murmuró con un suspiro. Estaba sentada en el borde de la cama balanceando las piernas.

Hacía meses que ella y los otros miembros del Club del Peligro se las habían visto con el nigromante a las afueras de la aldea de Horntree. Lo habían derrotado, sí, pero no



antes de que Lord Carrion tuviera tiempo de amenazarlos con peligros aún peores y de abducir a decenas de aldeanos y a un puñado de alumnos de la Dungeon Academy. Y esos estudiantes no eran goblins cualesquiera blandiendo una espada oxidada en una cueva, sino los mejores de la escuela: monstruos realmente amenazadores y terroríficos. La vida de los amigos de Zelli había vuelto gradualmente a la normalidad: Bauble seguía siendo un alegre y vehemente sabelotodo, Hugo había emprendido una cruzada para que se creara un huerto comunitario en la escuela, y Snabla «tomaba prestados» los deberes de Bauble e invertía toda su energía en las clases de Hachazos y Cuchillazos, aprobando por los pelos el resto de las asignaturas. En cuanto a Flash, hacía lo que se le daba mejor: aparecer y desaparecer con un sonoro ¡pop!,

haciendo las delicias de sus amigos, y dejar juguetitos y trocitos de hueso en el fondo de la bolsa de Hugo.

Al final, Lord Carrion había acabado atado y abochornado, pero le perdonaron la vida y lo encerraron en las profundidades de la Dungeon Academy. El decano había insistido en mantenerlo cautivo, y el nigromante, dondequiera que estuviera oculto en la escuela, se dedicaba a mandarle a Zelli visiones terribles.

—Ahora que sé que es cosa tuya —dijo Zelli, observando como la luz purpúrea del otro lado de la ventana adquiría un tono morado más suave—, solo tengo que hacer algo para arreglarlo.



Zelli se quitó la camiseta que usaba para dormir y se puso unos pantalones marrones y una guerrera púrpura. Cogió el cinturón y la espada de madera, se abrochó la armadura de cuero y, en silencio, se alejó de su cálida y confortable cama. El hecho de derrotar al nigromante no había provocado que Zelli dejara de ser una chica prudente. Antes de colgarse la mochila, se aseguró de que el tarrito especial estuviera dentro y, lo más importante, muy bien tapado.

Mientras se dirigía al gran ascensor chirriante que la llevaría a las aulas subterráneas de la academia, se cruzó con unos pocos estudiantes que recorrían soñolientos los pasillos a la luz del alba. Estaba bastante segura de que el osgo que iba murmurando algo sobre unas ancas de rana con mantequilla estaba sonámbulo.

«Al menos alguien tiene sueños agradables...», pensó Zelli. Se le ocurrió que Bauble y Hugo le habrían dado sabios consejos sobre qué hacer con las pesadillas, pero sentía que era un problema que debía resolver cuanto antes. Necesitaba respuestas, y allí abajo había un malvado y repugnante nigromante que las tenía. Por supuesto, el decano Zxaticus y los otros profesores no habían considerado necesario informarla a ella, ni a ningún otro estudiante, del paradero de Lord Carrion, pero Zelli tenía una intuición: curiosamente, habían prohibido el acceso al aula de castigos habitual y ahora los estudiantes castigados iban a una mazmorra situada justo al lado del aula del profesor Gast. Sí, también era una mazmorra, pero al menos ahí se aprendía algo, siempre y cuando uno sobreviviera a las monótonas e interminables lecciones.



Con rapidez y sigilo, Zelli recorrió los oscuros pasillos de la academia, esquivando las trampas y tratando de no alarmar a las bandadas de murciélagos que esperaban en los aleros, listos para descender entre bulliciosos aleteos y grititos. Cuando llegó a la antigua aula de castigos, el Salón del Eterno Sufrimiento y la Monotonía, se encontró con que estaba custodiada por una cíclope. Durg, que normalmente hacía de guardabosques, dormitaba sentada con las piernas bien estiradas junto a la imponente puerta reforzada. De la comisura de los labios, le caía un abundante chorrillo de baba del grosor de la muñeca de un goblin, y roncaba tan fuerte que hacía vibrar los irregulares adoquines sobre los que pisaban las botas de Zelli.

Después de echar un vistazo a un lado y a otro del pasillo vacío, Zelli se acercó de puntillas a Durg y le dio un ligero codazo. La cíclope siguió durmiendo, sin que le variara ni un ápice su tremenda respiración. Tras coger aire ella también, Zelli retiró la barra transversal y abrió la puerta lo suficiente como para colarse por una rendija. Cuando la puerta volvió a cerrarse, oyó que Durg soltaba un resoplido y se sobresaltaba, pero, tras un balbuceo de confusión, volvió a tranquilizarse.

Zelli no necesitaba ninguna antorcha para moverse por el Salón del Eterno Sufrimiento y la Monotonía: ya lo iluminaba la lava ardiente y brillante que borboteaba por debajo del puente y de la plataforma suspendida. Cruzó deprisa el puente, con la piel erizada de miedo. Al acercarse a la plataforma en la que desembocaba el tambaleante puente, la joven guerrera vio que habían retirado todos los pupitres y la tarima. Lo único que había era un bulto solitario





en el suelo de piedra, atado con gruesas y pesadas cadenas y grilletes.

El antes orgulloso, cruel y testarudo Lord Carrion parecía haberse marchitado y ahora tenía las mejillas aún más hundidas y cadavéricas. Sus ropas púrpuras y adornadas con bordados estaban manchadas y hechas jirones, pero, al oír los pasos de Zelli y verla, sus ojos resplandecieron con un celo alarmante y la crueldad de siempre.

—Veo que has recibido mi mensaje —le dijo riéndose entre dientes.

Su risa hizo estremecer a Zelli. ¡Cuánto la odiaba!

—Escúchame bien, aliento appestoso. Sé que eres tú quien me manda las pesadillas. ¡Déjalo ya!

Lord Carrion le enseñó los dientes.

—Qué hostil. Pensaba que eras una aventurera... como tu madre.

Zelli agarró la empuñadura de la espada.

—No he venido a hablar de mi madre.

—Me pregunto qué opina de tu ridículo disfraz...

—¡Déjame en paz de una vez! —le dijo Zelli alzando la voz. Entonces, recordó que debía pasar desapercibida. La costumbre hizo que se llevara las manos a la cabeza para asegurarse de que llevaba los cuernos bien puestos. Los monstruos odiaban a los humanos, así que,



por supuesto, no permitían que entraran en la escuela. Hacerse pasar por una minotauro en una institución educativa para monstruos no era fácil, pero de momento solo sus amigos más cercanos conocían su secreto. Lord Carrion se había enfrentado tanto a Zelli como a su madre biológica, la famosa aventurera humana llamada Allidora Steelstrike.

Zelli había elegido quedarse con sus madres minotauros adoptivas. Y eso era algo que no incumbía lo más mínimo al nigromante.

—Se acabaron las pesadillas —dijo ella entre dientes—. Te lo advierto. Si no, le diré a Nihildris, el azotamentes, lo que estás tramando y te dejaré la cabeza más vacía que la jarra de hidromiel de un enano.

Lord Carrion levantó la cabeza, lo que pareció suponerle un gran esfuerzo. La capucha le cayó hacia atrás y dejó a la vista su cuero cabelludo rosa azulado, con marcas rúnicas rojas cicatrizadas. Con evidente placer, sonrió.

—Vacía como... ¿un desierto?

Zelli abrió los ojos de par en par.

—Así que sí lo has visto —murmuró Lord Carrion. A Zelli no le gustó su tono de voz. Sonaba extrañamente contento. Exultante—. Sí. ¡Has visto dónde yace ella, la Señora de la Muerte, el Herald de los Dientes y los Ojos! Su venida presagia la sumisión de todo el mundo. Su llegada es inexorable, pero tú puedes acelerarla, niña.

Zelli se cruzó de brazos.

—Todo lo que me digas lo usaré en tu contra.

—Cambiarás de opinión, niña, cuando te des cuenta de que esta aniquilación no se puede detener. Viene a por tu



patética academia, a por tu patético reino. Acabarás arrodillándote y rogando ser nombrada su profeta, igual que yo, igual que todo el mundo hará! —Lord Carrion se estremeció y se quedó en silencio.

—Pero has dicho que esta Señora de la Muerte aún no ha llegado.

—No, todavía no —admitió él—. Está cerca. Ahora está aquí, muy muy cerca.

El nigromante puso sus oscuros y despiadados ojos en blanco y, después, miró de forma deliberada hacia abajo, como si señalara algo en las profundidades de la fosa llena de lava.

—¿Cómo? ¿Aquí mismo? —susurró Zelli—. ¿Qué quieres decir?

—Oh, los Montes Estrella guardan muchos secretos. La Cumbre de Akhellon no siempre ha sido una escuela. Sus misterios y su magia tienen raíces muy profundas en el mismo reino de Faerûn. ¿No lo sabías, niñita tonta?

La Cumbre de Akhellon. Zelli no tenía ni idea de a qué se refería, pero tal vez Bauble sí, o la bibliotecaria. No sabía qué trampa le estaba tendiendo el nigromante, pero se negó a caer en ella. Ya saciaría más tarde su curiosidad; ahora había venido con un objetivo en mente. Metió la mano en la mochila y palpó el tarro que había traído mientras Lord Carrion se reía como un lunático mirando fijamente el suelo.

Zelli se acercó a él apretando las mandíbulas.

—Hablo en serio, Lord Carrion, no más pesadillas. Si no me dejas en paz, te vas a enterar.

—¿Me voy a enterar? ¡Ja! ¿Me voy a enterar de qué?



Con un movimiento rápido de muñeca, Zelli retiró la tela que cubría el tarro, le lanzó el contenido a Lord Carrion y se alejó de un salto.

—¡De esto!

Una fina lluvia de arañas cosquilleras del Bosque Acechante cayó sobre el nigromante y se deslizó por su túnica púrpura. Él hizo una mueca y empezó a tirar de las cadenas que lo sujetaban.

—No me gustaría estar en tu lugar durante los próximos tres días —dijo Zelli con una sonrisa de satisfacción. Se dio la vuelta y, mientras cruzaba corriendo el puente, Lord Carrion empezó a reír de manera espantosa: ¡las arañas cosquilleras habían llegado a su meta!

